

CAPITULO XIII.

En el que refiere Perico la aventura del Misántropo, la historia de éste, y el desenlace del paradero del Trapiento, que no es muy despreciable.

Aunque mi cajero era, como he dicho, muy hombre de bien, exactísimo en el cumplimiento de su obligacion, y poco amigo de pasear, los domingos que no venia yo á la ciudad, cerraba la tienda por la tarde, tomaba mi escopeta, le hacia llevar la suya, y nos saliamos á divertir por los arrabales del pueblo.

Esta amistad y agrado mio le era muy satisfactorio á mi buen dependiente, y yo lo hacia con estudio; pues á más de que él se lo merecia, consideraba que sin perder nada grangeaba mucho, pues veria aquellos intereses mas como de un amigo que como de un amo, y así trabajaria con más gusto. Jamás me equivoqué en este juicio ni se equivocará en el mismo todo el que sepa hacer distincion entre sus dependientes, tratando

á los hombres de bien con amor y particular confianza, seguro de que los hará mejores.

En una de las tardes que andábamos á caza de conejos, vimos venir hácia nosotros un caballo desbocado, pero en tan precipitada carrera, que por más que hicimos no fué posible detenerlo: ántes si no nos hacemos á un lado, nos arroja al suelo contra nuestra voluntad.

Lástima nos daba el pobre ginete, á quien no valian nada las diligencias que hacia con las riendas para contenerlo. Creimos su muerte próxima por la furia de aquel ciego bruto, y mas cuando vimos que desviándose del camino real, corrió derecho por una vereda, y encontrándose con una cerca de piedras de la huerta de un indio, quiso saltarla, y no pudiendo, cayó en tierra cogiendo debajo la pierna del ginete.

El golpe que el caballo llevó fué tan grande, que pensamos que se habia matado y al ginete tambien, porque ni uno ni otro se movian.

Compadecidos de semejante desgracia corrimos á favorecer al hombre; pero éste, apenas vió que nos acercábamos á él, procuró medio enderezarse, y arrancando una pistola de la silla, la cazó dirigiéndonos la punteria, y con una ronca y colérica voz nos dijo: enemigos ma'ditos de la especie humana, matadme si á eso venis, y arrancadme esta vida infeliz que arrastro. ¿Qué haceis, perversos? ¿Por qué os deteneis, crueles? Este bruto no ha podido quitarme la vida que detesto, ni son los brutos capaces de hacerme tanto mal. A vosotros, animales feroces, á vosotros está reservado el destruir á vuestros semejantes.

Mientras que aquel hombre nos insultaba con estos y otros iguales baldones, yo lo observaba con miedo y atención, y cierto que su figura imponía temor y lástima. Su vestido negro y tan roto, que en partes descubría sus carnes blancas; su cara descolorida y poblada de larga barba; sus ojos hundidos, tristes y furiosos; su caballera descompuesta; su voz ronca; su ademán desesperado, y todo él manifestaba el estado más lastimoso de su suerte y de su espíritu.

Mi cajero me decía: vámonos, dejemos à este ingrato, no sea que perdamos la vida cuando intentamos darla à este monstruo. No, amigo, le dije: Dios que vé nuestras sanas intenciones nos la guardará. Este infeliz no es ingrato como vd. piensa. Acaso nos juzga ladrones porque nos vé con las escopetas en las manos, ó sera algun pobrecito que ha perdido el juicio, ó está para perderlo por alguna causa muy grave; pero sea lo que fuere, de ninguna manera conviene dejarlo en este estado. La humanidad y la religion nos mandan socorrerlo. Hagámoslo.

Esto platicamos fingiendo que no lo veíamos y que queríamos retirarnos, mientras él no cesaba de injuriarnos lo peor que podia; pero viendo que no le hacíamos caso y le teníamos vueltas las espaldas, procuró sacar la pierna azotando con el látigo al caballo para que se levantara: mas éste no podia, y el hombre, deseando desquitar su enojo, le disparó la pistola en la cabeza, pero en vano, porque no dió fuego.

Entónces registró la cazueleja, y hallándola sin pólvora, trató de cazarla, cuando, apare-

chando nosotros aquel instante favorable, corrimos hácia él, y afianzándole los brazos, le quitó mi cajero las pistolas, yo alcé al caballo de la cola y sacamos de esta suerte de debajo de él al triste roto, que enfurecido mas con la violencia que reconocido al beneficio que acababa de recibir, se esforzaba à maltratarnos, diciéndonos: os causais en vano, ladrones insolentes y atrevidos. Nada tengo que me lleveis. Si quereis el caballo y estos trapos, lleváoslos, y quitadme la vida como os dije, seguros en que me hareis un gran favor.

No somos ladrones, caballero, le dije; somos unos hombres de honor, que paseándonos por aquí hemos visto la desgracia de vd. y obligados por la humanidad y la religion, hemos querido aliviario en su mal, y así no pague con injurias esta prueba de la verdadera amistad que le profesamos.

¡Bárbaros! nos respondió el hombre puesto en pié: ¡bárbaros! ¿aun teneis descaro para profanar con vuestros impuros labios las sagradas voces de honor, amistad y religion? ¡Crueles! Esas palabras no están bien en la indigna boca de los enemigos de Dios y de los hombres.

Seguramente este pobre está loco como vd. ha pensado, me dijo mi cajero. Entónces se le encarró el roto, y le dijo: no, no estoy loco, indigno; pluguiera à Dios que jamás hubiera tenido juicio para no haber tenido tanto que sentir de vosotros. ¡De nosotros, preguntaba muy admirado mi cajero!—Sí, cruel, de vosotros y de vuestros semejantes.—¡Pues quiénes somos nosotros!—

¡Quiénes sois! Decía el roto. Sois unos impíos, crueles, ladrones, ingratos, asesinos, sacrilegos, aduladores, intrigantes, avaros, mentirosos, infucos, malvados, y cuanto malo hay en el mundo. Bien os conozco, infames. Sois hombres y no podéis dejar de ser lo que os he dicho, porque todos los hombres lo son. Sí, viles, sí: os conozco, os detesto, os abomino: apartaos de mí ó matadme, porque vuestra presencia me es más fastidiosa que la muerte misma; pero id asegurados en que no estoy loco sino cuando miro á los hombres, y recuerdo sus maquinaciones infernales, sus proceleres malditos, sus dobleces, sus iniquidades y cuanto me han hecho padecer con todas ellas. Idos, idos.

Léjos de incomodarme con aquel infeliz, lo compadecí de corazón, conociendo que si no estaba loco, estaba próximo á serlo; y mas lo compadecí cuando advertí por sus palabras que era un hombre fino, que manifestaba bastante talento, y si aborrecía al género humano, no procedía esta fatal misantropía de malicia de corazón, sino de los resentimientos que obraban en su espíritu furiosamente, cuando se acordaba de los agravios que le habían hecho sufrir algunos de los muchos mortales que viven en el mundo.

Al tiempo que hacía estas consideraciones, reflexionaba que no es buen medio para amansar á un demente oponerse á sus ideas, sino contemporar con ellas por extravagantes que sean; y así, aprovechando este recuerdo, le dije al cajero: el señor dice muy bien. Los hombres generalmente son depravados, odiosos y malignos. Días ha que

se lo he dicho á vd., Don Hilario, y vd. me tenía por injusto; pero gracias á Dios que encontramos á otro hombre que piensa con el acierto que yo. Tal es la experiencia que tengo de ellos, dijo el misántropo, y tales son los males que me han hecho.

Si vamos á recordar agravios, le dije, y á aborrecer á los hombres por los que nos han inferido, nadie tiene mas motivo para odiarlos que yo, porque á nadie han perjudicado como á mí.

Esto no puede ser, contestó el misántropo: nadie ha sufrido mayores daños ni crueldades de los malditos hombres que el infeliz que vd. mira. ¡Si supiera mi vida. . . !

Si oyera vd. mis aventuras, le contesté, aborrecería mas á los pésimos mortales, y confesara que debajo del sol no hay quien haya padecido mas que yo.

Pues bien, decía: refiérame los motivos que tiene para aborrecerlos y quejarse de ellos, y yo le contaré los míos: entonces veremos quién de los dos se queja con mas justicia.

Este era el punto á donde quería yo reducirlo, y así le dije: convengo en la propuesta; pero para eso es necesario que vayamos á casa. Sirvase vd. pasar á ella y contestaremos.

Sea en hora buena, dijo el misántropo: vamos. Al dar el primer paso cayó al suelo porque estaba muy lastimado de un pié. Lo levantamos entre los dos, y apoyándose en nuestros brazos lo llevamos á casa.

Fuimos entrando al pueblo, representando la escena mas ridícula; porque el enlutado roto iba

renqueando en medio de nosotros dos que lo llevábamos con nuestras escopetas al hombro, y es tirando el caballo, cojo también, que tal quedó del porraze.

Semejante espectáculo concilió muy presto la curiosidad del vulgo novelero, y como con la ocasión de haber fiestas en el pueblo había concurrido mucha gente, en un instante nos vimos rodeados de ella.

Algo se impacó el misántropo con semejantes testigos, y mas cuando cada uno de los mirones dijo en alta voz: sin duda este era un gran ladronazo y estos señores lo han cogido, y lastimado lo llevan à la cárcel.

Entónces brotando fuego de los ojos, me dijo: ¿ve vd. quienes son los hombres? ¿Ve vd. que fáciles son para pensar de sus semejantes del peor modo? Al instante que me ven me tienen por ladrón. ¿Por qué no me juzgan enfermo y desvalido? ¿Por qué no creen que ustedes me socorren, sino que antes su caridad la suponen justicia y rigor? ¡Ah! ¡malditos sean los hombres!

¿Quién hace caso, le dije, del vulgo, cuando sabemos que es un monstruo de muchas cabezas, con muy poco ó ningun entendimiento? El vulgo se compone de la gente mas idiota del pueblo, y ésta no sabe pensar, y cuando piensa alguna cosa es casi siempre mal, pues no conociendo las leyes de la crítica, discurre por las primeras apariencias que le ministran los objetos materiales que se le presentan, y como sus discursos no se arreglan à la recta razon, las mas veces son desatinados, y los forma tales con la misma igno-

rancia que un loco; pero así como no debemos agraviarnos por las injurias que nos diga un loco, porque no sabe lo que dice, tampoco debemos hacer aprecio de los dictérios ni opiniones perversas del vulgo, porque es un loco y no sabe lo que piensa ni lo que habla.

En esto llegamos à la casa: hice desensillar el caballo, y dispuse que al momento lo curasen con mayor esmero. Vinieron los albeitares, lo reconocieron, lo curaron: hice que le pusieran caballeriza separada: la mandé asear y que se le echara mucho maíz y cebada, y destiné un mozo para que lo cuidara prolijamente. Todo esto fué delante del misántropo, quien admirado del cuidado que me debía su bestia, me dijo: mucho aprecia vd. los caballos. Mas estimo à los hombres, le dije. ¿Cómo puede ser eso, me dijo, cuando no ha veinte minutos que me aseguró vd. que los aborrecia? Así es, le contesté: aborrezco à los hombres malos, ó mas bien las maldades de los hombres; pero à los hombres buenos como vd. los amo entrañablemente: los deseo servir en cuanto puedo, y cuanto más infelices son, más los amo y más me intereso en sus alivios.

Al oír estas palabras que pronuncié con el posible entusiasmo, advertí no sé qué agradable mutación en la frente del misántropo, y sin dar lugar à reflexiones, lo metimos à mi sala donde tomamos chocolate, dulce y agua.

Concluido el parco refresco, me preguntó mis desgracias, yo le supliqué me refriera las suyas, y él procediendo con mucha cortesía, se determinó à darme gusto, à tiempo que un mozo avisó

que buscaban á D. Hilario. Salíó éste, y entónto el misántropo me dijo: Es muy larga mi historia para contarse con la brevedad que deseo; pero sepa vd. que yo, lejos de deber ningun beneficio á los hombres, de cuantos he tratado he recibido mil males. Algunos mortales numeran entre sus primeros favorecedores á sus padres, gloriándose de ello justamente, y teniendo sus favores por justísimos y necesarios; mas yo, ¡infeliz de mí no puedo lisonjear mi memoria con las caricias paternas como todos: porque no conocí á mi cruel padre, ni aun supe como era mi indigna madre.

No se escandalice vd. con estas duras expresiones hasta saber los motivos que tengo para proferirlas. A este tiempo entró mi cajero muy contento; y aunque quise que me descubriera el motivo de su gusto no lo pude conseguir; pues me dijo que acabaria de oír al misántropo, y luego me daría una nueva que no podia menos de darme gusto.

Ved aquí excitada mi curiosidad con dos motivos. El primero, por saber las aventuras del misántropo, y el segundo, por cerciorarme de la buena ventura de mi dependiente; mas como éste queria que aquel continuara, se lo rogué, y continuó de esta suerte.

Dije, señor, prosiguió el misántropo, que tengo razon para aborrecer entre los hombres en primer lugar á mi padre y á mi madre. ¡Tales fueron conmigo de ingratos y desconocidos! Mi padre fué el marqués de Baltimore, sugeto bien conocido por su título y su riqueza.

Este infame me hubo en Doña Olisterna Camoens, oriunda de Portugal. Esta era hija de padres muy nobles, pero pobres y virtuosos. El inucio marqués enamoró á Olisterna por satisfacer su apetito, y esta se dejó persuadir más por su locura, que por creer que se casaria con ella el marqués; porque siendo rico y de título no era fácil semejante enlace, pues ya se sabe que los ricos muy rara vez se casan con los pobres, mucho menos siendo aquellos titulados. Ordinariamente los casamientos de los ricos se reducen á tales y tan vergonzosos pactos, que más bien se podian celebrar en el consulado por lo que tienen de comercio, que en el provisorato por lo que tienen de sacramento. Se consultan los caudales primero que las voluntades y calidades de los novios. No es mucho, segun tal sistema, ver tan frecuentes pleitos matrimoniales originados por los enlaces que hace el interés y no la inclinacion de los contrayentes.

Como el marqués no enamoró á Olisterna con los fines santos que exige el matrimonio, sino por satisfacer su pasion ó apetito, luego que lo contentó y esta le dijo que estaba grávida, buscó un pretexto de aquellos que los hombres hallan fácilmente para abandonar á las mujeres, y ya no la volvió á ver, ni á acordarse del hijo que dejaba depositado en sus entrañas. ¡A este cruel podré amarlo ni nombrarlo con el tierno nombre de padre?

La tal Olisterna tuvo harta habilidad para disimular el entumecimiento de su vientre, haciendo pasar sus bascas y achaques por otra enfer-

medad de su sexo, con los auxilios de un médico y una criada que había terciado en sus amores.

No se descuidó en tomar cuantos estimulantes pudo para abortar; pero el cielo no permitió se lograran sus inicuos intentos.

Se llegó el plazo natural en que debía yo ver la luz del mundo. El parto fué feliz porque Olisterna no padeció mucho, y prontamente se hulló desembarazada de mí, y libre del riesgo de que, por entónces, se descubriera su liviandad. Inmediatamente me envolvió en unos trapos, me puso un papel que decía que era hijo de buenos padres y que no estaba bautizado, y me entregó á su confidenta para que me sacara de casa. ¡Merecerá esta cruel el tierno nombre de madre! Será digna de mi amor y de gratitud! ¡Ah, mujer implacable! Tú con escándalo de las fieras y con horror de la naturaleza apenas contra tu voluntad me pariste, cuando me arrojaste de tu casa. Te avergonzaste de parecer madre; pero depositaste el rubor para serlo. Ningun respeto te contuvo para prostituirte y concebirme; pero para parirme, ¡cuántos! para criarme á tus pechos ¡qué imposibles! Nada tengo que agradecerte, mujer inicua; y mucho por que odiarte mientras me dure la vida, esta vida de que tantas veces me quisiste privar con bebezos. . . . pero apartemos la vista de este monstruo, que por desgracia tiene tantos semejantes en el mundo.

La bribona criada, tan cruel como su ama, como á las diez de la noche salió conmigo y me tiró en los umbrales de la primera accesoria que encontró.

Allí quedé verdaderamente expuesto á morir de frío, ó á ser pasto de los hambrientos perros. La gana de mamar ó la inclemencia del aire me obligaban á llorar naturalmente, y la vehemencia de mi llanto despertó á los dueños de la casa. Conocieron que era recién nacido por la voz: se levantaron, abrieron, me vieron, me recogieron con la mayor caridad, y mi padre (así lo he nombrado toda mi vida) dándome muchos besos, me dejó en el regazo de mi madre, y á esa hora salió corriendo á buscar una chichigua.

Con mil trabajos la halló; pero volvió con ella muy contento. A otro día trataron de bautizarme, siendo mi padrinos los mismos que me adoptaron por hijo. Estos señores eran muy pobres; pero muy bien nacidos, piadosos y cristianos.

Avergonzándose, pidiendo prestando, endrogándose, vendiendo y empeñando cuanto podían, lograron criarme, educarme, darme estudios y hacerme hombre; y yo tuve la dulce satisfacción, despues que me ví colocado con un regular sueldo en una oficina, de mantenerlos, chiquearlos, asistirlos en su enfermedad, y cerrar los ojos de cada uno con el verdadero cariño de hijo.

Ellos me contaron del cruel marqués y de la impía Olisterna todo lo que os he dicho, despues que al cabo del tiempo lo supieron por boca de la misma criada, de quien tan ciega confianza hizo Olisterna. Al referírmelo me estrechaban en sus brazos: si me veían contento, se alegraban: si triste se compungian y no sabian como alegrarme: si enfermo, me atendian con el mayor esme

ro, y jamás me nombraron sino con el amable epíteto de hijo; ni yo podía tratarlos sino de padres, y de este mismo modo los amaba. . . . ¡Ay, señores! ¡y no tuve razón de hacerlo así! Ellos desempeñaron por caridad las obligaciones que la naturaleza impuso á mis legítimos padres. Mi padre suplió las veces del marqués de Baltimore, hombre indigno no solo del título de marqués, sino de ser contado entre los hombres de bien. Su esposa desempeñó muy bien el oficio de Oligasterna, mujer tirana á quien jamás daré el amable y tierno nombre de madre.

Quando me ví sin el amparo y sombra de mis amates padrinos, conocí que los amé mucho y que eran acreedores á mayor amor del que yo fui capaz de profesarles. Desde entónces no he conocido y tratado otros mortales más sinceros, más inocentes, más benéficos, ni más dignos de ser amados. Todos cuantos he tratado han sido ingratos, odiosos y malignos, hasta una mujer en quien tuve la debilidad de depositar todos mis afectos entregándole mi corazón.

Esta fué una cruel hermosa, hija de un rico, con quien tenia celebrados contratos matrimoniales. Ella mil veces me ofreció su corazón y su mano: otras tantas me aseguró que me amaba y que su fé seria eterna; y de la noche á la mañana se entró en un convento, y perjura indigna ofreció á Dios una alma que habia jurado que era mia. Ella me escribió una carta llena de improperios que mi amor no merecía: ella sedujo á su padre, atribuyéndome crímenes que no habia cometido, para que se declarara, como se declaró,

mi eterno y poderoso enemigo, y ella, en fin, no contenta con ser ingrata y perjura, comprometió contra mí á cuantos pudo para que me persiguieran y dañaran, contándose entre estos un Don Tadeo hermano suyo, que afectándose la más tierna amistad, me habia dicho que tendria mucho gusto en llamarse mi cuñado. ¡Ah crueles!

Mientras que el Misántropo contaba su historia, advertí que mi cajero lo atendia con sumo cuidado, y desde que tocó el punto de sus mal correspondidos amores, mudaba su semblante de color cada rato, hasta que no pudiendo sufrir más, le interrumpió, diciéndole: Dispense vd., señor: ¿cómo se llamaba esa señora de quien vd. está quejoso?—Isabel.—Y vd.?—Yo, Jacobo, al servicio de vd.

Entonces el cajero se levantó, y estrechándolo entre sus brazos, le decia con la mayor ternura: Jacobo, amigo desgraciado: yo soy tu amigo Tadeo, sí, yo soy el hermano de la infeliz Isabel tu prometida amante. Ninguna queja debes tener de mí, ni de ella. Ella murió amándote, ó más bien murió en fuerza del mucho amor que te tuvo: yo hice cuanto pude por informarte de su suerte, de su fallecimiento y constancia; pero no fué posible saber de tí por más que hice.

Quando padeciste tú, mi hermana y yo, fué ocasionado por el interés de mi padre, quien por sostener el mayorazgo de mi hermano Damian impidió el casamiento de Isabel, forzó á Antonio á ser clérigo, y á mí me dejó pereciendo en compañía de mi infelice madre que Dios perdone. Con que no tengas queja de la pobre Isabel, ni

de tu buen amigo Tadeo, que quizá la suma Providencia ha permitido este raro encuentro para que te desagrasie, te alivie y recompense en cuanto pueda tu virtud.

A todo esto estaba como ensenado el Misántropo, y yo, acordándome del cuento del trapientro, y oyendo que el dicho cajero no se llamaba Hilario sino Tadeo, y que concordaba bien cuanto me contó aquel con lo que éste acababa de referir, le dije: D. Hilario, D. Tadeo ó como se llame, dígame vd. por vida suya y con la ingenuidad que acostumbra, ¿se ha visto vd. alguna vez calumniado de ladrón? ¿Ha vivido en alguna accesoria? ¿Ha tenido ó tiene más hijos que la niña que me dice? Y por fin, ¿se llama Tadeo ó Hilario? Señor, me dijo: me he visto calumniado de ladrón, he vivido en accesoria, he tenido dos niños á más de Rosalía, que han muerto, y en efecto me llamo Tadeo y no Hilario.

Pues sírvase vd. de decirme cómo fué esa calumnia. Estando yo una tarde, me dijo, parado en un zaguan cerca del Factor y en el pelaje más despreciable, un mocetoncillo que iba con unos soldados se afirmó en que yo le habia dado á vender una capa de golilla, que resultó robada, con la que se habian robado unos libros, una peluca y que sé yo qué más. Los soldados me llevaron ante el juez, este por fortuna me conocia y á toda mi familia: sabia cuál era mi conducta y la causa de todas mis desgracias, y no dudó asegurar que estaba yo inocente, y prometió probarlo siempre que se le ministrara al que me calumnió: pero esto no pudo ser porque los soldados ya lo habian saltado: con esto me dejaron en libertad.

¿Y qué hizo vd., D. Tadeo, le pregunté, llegó vd. á ver á su calumniador? ¿Supo quién era? Y si lo vió qué hizo para vindicarse. Es regular que lo pusiera vd. en la cárcel. No, señor, me dijo: pasó en la misma tarde por mi casa, lo conocí, lo metí en ella, y cuando lo convencí de que era hombre de bien, lo hospedé en mi casa esa noche, mi madre le curó unas ligeras roturas de cabeza y lo dejé ir en paz.

¿Y cómo se llamaba ese pícaro que calumnió á vd.? Le pregunté, y D. Tadeo me contestó que no lo sabia ni se lo habia querido preguntar. Entonces yo lleno de júbilo, que no soy bastante á explicar, me abracé de D. Tadeo, y el Misántropo satisfecho del buen proceder de su amigo, y creyéndome algo bueno, se abrazó de nosotros, y en un nudo que expresaba el cariño y la confianza, se enlazaron nuestros brazos: nuestras lágrimas manifestaban los sentimientos de la gratitud, la reconciliación y la amistad, y un enfático silencio aclaraba elocuente las nobles pasiones de nuestras almas.

Yo, antes que todos, interrumpí aquel éxtasis misterioso, y dije á Tadeo: yo, yo soy, noble amigo, aquel mismo que cuando me prostituí agravié á vd. imputándole un robo que no habia cometido: yo soy á quien benefició el extremo de su caridad, yo quien sé todas todas sus desgracias, yo quien lo he tenido por mi sirviente, y yo, por último, soy quien tendré por mucha honra que desde hoy me asiente entre sus amigos.

Esta mi sincera confesion no hizo mas que confirmar á aquellos señores en que yo era hombre de

bien á toda prueba, y así despues de que mas despacio nos contamos nuestras aventuras, confirmamos nuestras amistades y juramos conservarlas para siempre.

El misántropo enteramente mudado, dijo: cierto, señores que tengo mucho que agradecer á mi caballo, porque me condujo á un pueblo á donde yo no pensaba venir. . . . pero ¿qué hablo? Al cielo, á la Providencia, al Dios de las bondades es á quien debo agradecer semejante impensado beneficio. Por uno de aquellos estudiados designios de la Deidad, que los hombres necios llamamos contingencias, se desbocó mi caballo á tiempo que vdes. me vieron y porfiaron por traerme á su casa, en donde he visto el desenlace de mis desgracias con una felicidad no esperada; pues es felicidad satisfacerme, aunque tarde, de la constante fidelidad de mi amada y de mi buen amigo Tadeo. Ya conozco que es un desatino aborrecer al género humano por las ingratitudes de muchos de sus individuos, y que por mas infucos que haya, no faltan algunos beneméritos, agradecidos, finos, leales, sensibles, virtuosos y hombres de bien á toda prueba. Es menester hacer justicia á los buenos por mas que abundan los malos. Yo lo conozco, y en prueba de ello, pido á vdes. que me perdonen del loco concepto que me debian.

Deja eso, dijo Tadeo, yo he sido, soy y seré tu amigo mientras viva: Estoy persuadido de que la misma bondad de tu genio, tu sencillez, tu sensibilidad y tu virtud te hicieron creer que todos los hombres se manejaban como debian, segun el orden de la razon, y habiendo experimentado que

no era así, incurriste en otro error mas grosero, creyendo que no habia hombre bueno en el mundo, ó cuando menos, que estos eran demasiado raros, y segun esta equivocacion, no era muy extraña tu misantropía; pero ya ves que no es como lo has pensado, y que susceptible al error, creiste que yo é Isabel te fuimos ingratos, al mismo tiempo que esta murió por amarte, y yo no he perdonado diligencia por saber de tí y confirmarte en mi amistad.

Yo tambien pensaba que los hombres prostituidos al vicio jamás podian mudar enteramente de conducta: creia que conservando los resabios del libertinaje, les seria muy difícil el sujetarse á la razon y ser benéficos, y hoy con la mayor complacencia me ha desengañado mi amo y mi amigo Don Pedro, cuya conducta en el tiempo que le he servido me ha edificado con su arreglo. . . .

Calle vd., señor Don Tadeo, le dije, no me avergüence recordando mis extravíos y elogiando mi debido proceder. Mucho menos me trate de amo, sino de amigo, de cuyo título me lisongeo. Yo acomodé á vd. en mi servicio sin saber quien era, y en el tiempo que me ha acompañado tengo hartos que agradecerle. En este tiempo todas han sido felicidades para mí, siendo la última el feliz encuentro y satisfaccion del caballero Don Jacobo.

No es la última felicidad que vd. sabe, me dijo mi cajero: aun resta otra que vdes. escucharán con gusto. Oigan esta carta que acabo de recibir. Dice así: «Señor Don Tadeo Mayoli.»—«México, 10 de Octubre, etc.» Mi amigo y señor: Ha falle-

cido su hermano de vd. el señor Don Damian, y debiendo recaer en vd. el mayorazgo que poseia por haber muerto sin sucesor, la real Audiencia ha declarado á vd. legitimo heredero del vínculo, por lo que, despues de darle los plácemes debidos le suplico se sirva venir cuanto antes á la capital para enterarlo del testamento de su señor hermano y ponerlo en posesion de sus intereses, en cumplimiento de la órden superior que para el efecto obra en el oficio de mi cargo."

"Aprecio esta ocasion para ofrecirme á la disposicion de vd. como su afectisimo amigo y atento servidor Q. B. S. M."—*Fermin Gutierrez.*"

Este sugêto es el escribano ante quien se otorgò el testamento. En virtud de esta carta tengo que partir para México cuanto antes. A vd., señor Don Pedro, mi amigo, mi amo y favorecedor, le doy las gracias por el bien que me hecho, y por el buen trato que me ha dado en su casa, ofreciéndole mis cortos haberes, y suplicándole no olvide en cualquier fortuna, que soy y he de ser su amigo; y á ti, querido Jacobo, te ofrezco mis intereses con igual sinceridad, y para desenojarte de los agravios que te infirió mi padre negándote á mi hermana por ser tú pobre, pongo á tu disposicion mis haberes con la mano de mi hija si la quisieres. Es muchacha tierna, bien criada y nada fea. Si gustas, enlázate con ella, que ya que no es Isabel, es Rosalia, quiero decirte que es rama del mismo tronco.

El misántropo, ò Don Jacobo, no sabia como agradecer á Tadeo su expresion; pero se hallaba avergonzado por ser pobre, y por dudar si seria

agradable á su hija; mas éste lo ensanchó diciéndole: no es defecto para mí la pobreza donde concurren tan nobles cualidades: aun no eres viejo y creo que mi hija te amará, así que yo la informe de quien eres.

Pasados estos cariñosos coloquios, tratamos de vestir con decencia á Jacobo, y al dia siguiente hizo Tadeo traer un coche y se fueron en él para México, dejándome bien triste la ausencia de tantos buenos amigos.

A pocos dias me escribieron haberse casado Jacobo y Rosalia, y que vivian en el seno del gusto y la tranquilidad.

Murió á poco el administrador de la hacienda en donde estaba Anselmo, y mi amo me escribió mandándome que fuera á recibirla.

Con esta ocasion fui á la hacienda, y tuve la agradable satisfaccion de ver á mi amigo y á su familia que me recibió con el mayor cariño y expresion.

Desde aquel dia fué Anselmo mi dependiente, y yo un testigo de su buena conducta. Los hombres de fina educacion y entendimiento cuando se resuelven á ser hombres de bien, casi siempre desempeñan este título lisongero.

Yo me volví á San Agustin y viví tranquilo muchos años.